

INTRODUCCION A LA OBRA DE VALENTIN ARTEAGA



s imposible, en unas cuantas páginas, adentrarnos con tino y mirada certera en la vida y la obra de Valentín Arteaga, quien, al borde del medio siglo, ha recorrido un largo camino y dado a la luz quince títulos importantes, cada uno de los cuales viene a marcar un hito en una trayectoria vocacional que ha dado testimonio cumplido de la fecundidad de un poeta cuya soledad no es ajena al implacable curso de la historia.

Valentín Arteaga pertenece a esa generación que, sin haber tomado parte en la Guerra Civil, ha padecido todas sus secuelas. Nacido en la marginalidad de una pequeña villa manchega, Campo de Criptana, en 1936, sus primeras vivencias van a estar señaladas por la ausencia de su padre, desaparecido en el fragor de la contienda, y una lucha sorda por sobrevivir en un medio difícil y hostil.

No eligió la poesía, ésta lo elige a él, y su idilio es doliente, traumático. Estudiante en el Seminario de Ciudad Real, sus superiores le recriminan el talante de joven soñador de que hace gala, recomendándole abandonar. Leía por entonces a los clásicos, a Juan Alcaide y a cuantos encendían en su mirada los primeros asombros de un ánimo inclinado a la belleza, a la fascinación del misterio.

Valentín Arteaga no aceptó un veredicto difícil de entender, amén de injusto. Prieta el alma de ensueños, pasa dos largos años en Criptana, desempeñando varios menesteres, desde maestro interino hasta improvisado alquimista en un laboratorio de harinas, organizando actos culturales y prosiguiendo con sus lecturas. Tenía 18 años.

Más no olvida el poeta su otra vocación, consustancial, y no cesa hasta ser admitido, en 1957, en el Seminario que los Teatinos tienen en Palma de Mallorca. El entorno mediterráneo, una nueva visión de la cultura, y el talante intelectual de estos clérigos, entrarán como un rayo de sol en la vida de Valentín Arteaga, quien, de la mano de Rafael Jaume, entra en contacto con la mejor literatura contemporánea, pasando de los primeros suspiros alcaidianos a una escritura meditativa, a caballo entre sus raíces y la experiencia mística. De esta época data el manuscrito de La esperanza del barro, que obtiene en 1958 el premio "Ciudad de Palma", mientras su autor estudia en el monasterio de Iruzu (Navarra). El libro, sin embargo, no ve la luz hasta 1972, después de haberse licenciado en Teología